



18 de noviembre de 1888

Aniversario de la primera misa en la Asunción.

Queridas hermanas

Quisiera deciros unas palabras sobre la fiesta de la Dedicación que tantas veces hemos celebrado. Nuestro Señor dijo a Zaqueo: **Hoy tengo que alojarme en tu casa.** Zaqueo debió de alegrarse mucho cuando el Señor que tanto anhelaba ver y conocer vino a hospedarse en su casa. ¡Qué alegría no deberíamos tener también nosotras, hermanas, al pensar que el Señor se digna venir a morar en nuestras casas!

Esta fiesta de la Dedicación es el aniversario de la primera misa celebrada en la Asunción y un recuerdo muy dulce para nosotras. Madre Thérèse-Emmanuel y yo preparamos el primer sagrario, el primer altar, la primera capilla. Una capilla pobre y miserable, es verdad, pero que entonces nos parecía muy hermosa, porque la habíamos decorado lo mejor que pudimos y con todo nuestro amor. Por eso, cuando el Señor tomó posesión de este pequeño tabernáculo, fue para nosotras una gran alegría, y en la que queremos seguirle y si queremos merecer la bendición especial que ha prometido a los que se desprenden y separan de todo.

En la Congregación nunca hemos olvidado celebrar el aniversario del 9 de noviembre y de la primera misa que se dijo en una capilla de la Asunción.

Desde aquel momento, el Señor no nos ha abandonado nunca, hermanas. Os lo voy a decir con otras palabras: cuando venís del mundo y entráis en una casa donde vive Nuestro Señor, y que vais a vivir bajo su mismo techo, ¿no deberíais sentir una inmensa alegría, despertar vuestra fe y deciros: «Si yo hubiera tenido la suerte de ser recibida en Nazaret, de pasar una noche bajo el techo de aquella casa bendita donde vivía Nuestro Señor, ¿no me habría llenado de la idea de que Jesús estaba tan cerca de mí? Es bueno que la fe y el amor os den este sentimiento al entrar en la casa de Dios, y que procuréis conservarlo toda vuestra vida; porque vivir así bajo el techo de nuestro Señor es una gracia que ninguna de vosotras ha merecido, y por la que debéis estar agradecidas.

Si la obediencia nos envía a alguna de nuestras casas, Jesús está siempre allí para acogernos; alegrémonos, hermanas, de la buena parte que nos ha tocado, de vivir bajo el mismo techo que nuestro Maestro. Como fieles servidoras, rodeemos con nuestro amor a este amado Maestro, y estemos siempre dispuestas a obedecer todos sus mandatos.

A este sentimiento del amor más vivo y ardiente hay que añadir el respeto. Al veros obligadas a pasar por la capilla, me preocupaba que no lo hicierais con el suficiente respeto. Incluso hay hermanas muy jóvenes que hacen mucho ruido. Debéis procurar que no se os oiga. Ir despacio, con respeto, y mostrad vuestra adoración interior con vuestro comportamiento exterior al pasar por la capilla. Del mismo modo que nos acostumbramos a los bienes que nos

proporciona la presencia del Señor, la costumbre hace que ya no nos conmuevan lo suficiente. En un ambiente tan lleno de gracias como el nuestro, debemos luchar constantemente contra la rutina que hace que ya no sintamos los dones de Dios con la suficiente agudeza, agradecimiento y respeto como para decirle a nuestro Señor: «¿Cómo es posible que Tú, Señor de todas las cosas, que sólo honraste con tu presencia a una parte de la tierra durante tu vida mortal, te dignes habitar en la casa donde me encuentro y que yo, tan miserable, sea admitida en tu sociedad, y que pueda atribuirme las oraciones que hace la Iglesia y que pueda obtener todo lo que pido en tu nombre? »

De hecho, obtenemos todo lo que pedimos, si Dios lo considera oportuno para nosotras, como el aumento de nuestro amor a Dios, la fuerza en la lucha contra las pasiones, la abnegación y las luces para conocer nuestros defectos y luchar contra ellos: éstas son las oraciones a las que Dios responde, sobre todo. Sin embargo, como vemos en el Evangelio, podemos pedir a nuestro Padre el pan y los demás bienes que el Padre celestial tiene en su mano; no hay nada que no podamos pedir en el orden de las cosas temporales, siempre que no sea contrario al servicio de Dios, como pedir salud para un ser querido o éxito en una empresa.

Al pedir estas cosas, os aconsejo que pidáis siempre algunas gracias sobrenaturales, como un inmenso arrepentimiento por las faltas que hayáis cometido, un gran aborrecimiento de las disposiciones imperfectas que pueden llevaros a caer en otras faltas, un aumento de amor, el espíritu de oración y, añadiría hoy, un gran espíritu de fe que nos haga comprender la felicidad de tener al Señor en casa y nos llene de respeto, modestia y atención cuando estamos en su presencia.